

EZEQUIEL ADAMOVSKY

HISTORIA DE LA ARGENTINA

BIOGRAFÍA DE UN PAÍS

Desde la conquista española hasta nuestros días



CRÍTICA

Ezequiel Adamovsky

Historia de la Argentina

Biografía de un país

DESDE LA CONQUISTA ESPAÑOLA HASTA NUESTROS DÍAS

CRÍTICA

CAPÍTULO 1

Violencia

La Conquista y el orden colonial

En el principio fue la violencia. Porque nada en el suelo que hoy ocupa la Argentina indicaba que aquí habría un país. Las decenas de pueblos que habitaban estas tierras antes de la llegada de los españoles carecían de vínculos de escala apreciable. No los unían lazos políticos, ni lengua en común, ni religiones, ni costumbres, ni redes de intercambio económico que abarcaran el territorio entero o una buena parte de él. La propia geografía se manifestaba poco predispuesta a la unidad. Las alturas polvorientas de la Puna y las quebradas del Noroeste parecían continuar un mundo andino que se extendía desde Ecuador. Las tierras bajas del Gran Chaco, tórridas e impenetrables, se enlazaban con las que hoy pertenecen a Paraguay y Bolivia, lindantes a la Amazonia. Las fértiles planicies pampeanas se expandían sin reconocer fronteras con lo que hoy es Uruguay o el sur de Brasil.

La llegada de los españoles significó el inicio de un drástico proceso de cambios de todo tipo, orientados a adaptar a los habitantes a nuevas jerarquías sociales y a conectarlos con los circuitos económicos transnacionales que dominaba Europa. Fue el interminable huracán de la conquista, fue el modo en que los españoles invadieron, ocuparon y reorganizaron el territorio y sus gentes, lo que sentó las primeras bases de lo que, siglos más tarde, sería la Argentina. Fue la violencia que trajo la ocupación lo que obligaría a una avenencia arbitraria entre hombres y mujeres de procedencias totalmente diferentes sobre un suelo que, sin ella, acaso jamás habría albergado una nación unificada. Antes de la

Conquista no había «Argentina», como tampoco hubo una «Argentina colonial». Ni siquiera luego de 1810 estuvo claro que aquí habría un país separado del resto de los territorios sudamericanos. No existía entonces una identidad nacional distintiva entre los habitantes de esta parte de los dominios españoles, cuyas historias estaban además íntimamente conectadas a las de quienes vivían en lo que hoy es Paraguay, Bolivia o Uruguay.

Por cierto, los contornos y características que la nación argentina terminaría asumiendo bien entrado el siglo XIX no estuvieron determinados únicamente por esa violencia originaria (que por otra parte perduró a través del tiempo en modos e intensidades diversos), sino también por lo que los habitantes de este suelo hicieron con ella, por los lazos de cooperación, resistencia y afecto que supieron construir a partir de las vinculaciones forzadas a las que la Conquista los obligó. Como veremos en estas páginas, cada paso en la historia del país se entiende como efecto de esa relación fundamental entre poder y cooperación, entre opresión de clase y resistencia, entre violencia y afecto, entre jerarquía e igualdad, entre exclusión y comunidad. Fue el choque inevitable entre esas poderosas fuerzas entrelazadas lo que animó el torbellino del cambio histórico que desembocó desordenadamente en lo que hoy somos.

Pero en el principio, en el hecho brutal de la Conquista, lo que primó fue la violencia.

Antes de la invasión

El territorio que hoy ocupa la Argentina está entre los últimos rincones a los que en su expansión llegó la especie humana: vio arribar a los primeros *Homo sapiens* hace apenas trece o catorce mil años. Pequeñas bandas de cazadores-recolectores ingresaron por diversas vías y fueron explorando dónde asentarse. Hace unos ocho o seis mil años ya estaban bien instalados en varias zonas, de la Puna a Tierra del Fuego. Ya habían desarrollado modos de vida particulares en relación con los recursos a mano: fueron canoeros y buscadores de mariscos en las islas y canales del extremo sur, cazadores de guanacos y ñandúes y recolectores de semillas y raíces en Cuyo o en la Pampa, pescadores a la vera de los ríos del Litoral.

La organización en pequeñas bandas o tribus cazadoras-recolectoras persistió en la Patagonia, en Chaco, en la región pampeana y en otras áreas hasta bastante después de la llegada de los españoles. Otras zonas protagonizaron notables procesos de innovación tecnológica y organizativa. Unos cuatro mil años atrás, pueblos de Cuyo y del Noroeste comenzaron a domesticar animales e iniciaron una verdadera revolución cuando aprendieron a seleccionar y cultivar plantas. La práctica de la agricultura permitió generar excedentes alimentarios, lo que hizo posible el crecimiento de la población, la formación de aldeas y sociedades de mayor complejidad, que ya contaban a sus miembros no por unos pocos cientos sino por algunos miles. En ellas surgieron formas de ejercicio del poder y de diferenciación social desconocidas para los más igualitarios cazadores-recolectores, aunque todavía no demasiado pronunciadas. Por la misma época también desarrollaron la alfarería y unos dos mil años más tarde ya estaban fabricando objetos metálicos y textiles. Sus redes de intercambio comercial se ampliaron, en una circulación que conectaba el Pacífico con el Chaco. Hace unos mil años algunas de esas sociedades crecieron y profundizaron sus formas de centralización política y sus divisiones de clase; las ruinas de pucarás fortificados atestiguan que hubo guerras de escala importante.

Hacia fines del siglo XV esa región fue conquistada por los incas de Cuzco e incorporada a su poderoso imperio, que se extendió hacia el sur por toda el área montañosa hasta lo que hoy es el norte de Mendoza. Medio siglo de dominación fue suficiente para imprimir una mayor homogeneidad en la zona, donde fueron adoptadas muchas de sus costumbres y pautas de organización. El quechua se volvió una lengua franca en toda la región, conectada con circuitos más amplios gracias a la extraordinaria red de caminos incaica. Creció el poder de los jefes locales que colaboraron con ellos y se volvieron más pronunciadas las desigualdades sociales. Los conquistadores acostumbraron a los pueblos sometidos a la *mita*, que los obligaba a suministrar contingentes de personas para cumplir con turnos de trabajo por fuera de sus comunidades. Las rebeliones no faltaron, especialmente en los indómitos valles Calchaquies. Con frecuencia, el imperio respondió relocalizando a los rebeldes lejos de sus zonas de origen, lo que también contribuyó a una mayor mezcla y homogeneización de la población; sin embargo, las identidades no llegaron a borrarse del todo ni a

perderse las lenguas propias, que diaguitas, omaguacas y otros pueblos mantuvieron.

Aunque menos dramáticos, fuera del actual Noroeste argentino también se registraron cambios y progresos técnicos. Posiblemente hacia el final del período prehispánico, algunos pueblos de procedencia amazónica se expandieron a través de los ríos y trajeron también con ellos la práctica de la agricultura. Es el caso de los guaraníes que llegaron hasta el delta del Paraná y de los guerreros avá, que avanzaron por el Pilcomayo y el Bermejo hasta la base de los Andes, desde donde hostigaron con frecuencia los dominios incaicos. Los comechingones de las sierras cordobesas también practicaron el cultivo de la tierra en pequeña escala. Tehuelches y pehuenches en la Patagonia, selk'nam y yámanas en Tierra del Fuego, querandíes y otros pueblos en la llanura pampeana, en el Nordeste y en otros sitios continuaron siendo esencialmente cazadores-recolectores. Sin embargo, algunos de estos pueblos ampliaron sus intercambios, desarrollaron la alfarería, la caza con arco y flecha o la producción de textiles.

Viendo el conjunto, el territorio de la actual Argentina era un mosaico débilmente conectado que contenía una gran diversidad de pueblos. Sus orígenes, patrones culturales, familias lingüísticas y modos de vida eran muy diferentes. Las relaciones entre ellos, donde las había, podían ser tanto de cooperación como de hostilidad. En la zona del Gran Chaco, pueblos particularmente belicosos mantuvieron guerras y rivalidades. Allí los avá habían doblegado a los chané: durante siglos los mantuvieron como súbditos, explotando su trabajo y tomando sus mujeres. Por el contrario, otros pueblos —como los tehuelches o los huarpes en Cuyo— se destacaron por su mansedumbre y su hospitalidad. En cualquier caso, se trataba de un mundo heterogéneo en cambio y ebullición. De los tiempos prehispánicos de estos pueblos sin escritura no nos llegó un registro detallado, pero la evidencia arqueológica atestigua que fue sin dudas un período rico en innovaciones, en historia y en cultura.

PUEBLOS ABORÍGENES HACIA EL AÑO 1500



Adaptado de P. Yankelevich: *Historia mínima de la Argentina*.

La Conquista

El arribo de los españoles iba a afectar ese mundo de un modo que ninguno de sus habitantes pudo haber imaginado. Porque no se trataba de un pueblo más que llegaba a imponer su poder, como lo habían hecho los incas. Los conquistadores ibéricos obedecían a impulsos diferentes.

Cuando Colón llegó por primera vez a América, Europa estaba saliendo de la larga crisis en la que había entrado en el siglo XIV. Las estructuras feudales que durante la Edad Media aseguraron la supremacía de nobles y reyes habían llegado a su límite. La explotación del campesinado se había vuelto más difícil y menos provechosa; las tierras se agotaban y ya no podían sustentar sus pretensiones. El comercio de gran escala, articulado desde ciudades y puertos, ofrecía ahora las mejores oportunidades para quien quisiera ser más que los demás. Grandes mercaderes, nobles y monarcas coincidieron entonces en un interés común: expandir las redes comerciales haciendo pie en nuevos territorios. Para los comerciantes, la empresa prometía multiplicar ganancias y, por qué no, acaso acceder al ennoblecimiento. Para los nobles, más espacio para señoríos, y con ellos, más dinero. Para los reyes, finanzas que les aseguraran su lugar en una competencia cada vez más feroz con los dignatarios rivales. Incluso quienes no eran nada pero estaban dispuestos a prestar servicios como soldados podían abrigar esperanzas de ascenso social en las nuevas tierras. Todo empujaba hacia afuera, a la conquista. Eran los primeros pasos que daba el capitalismo como sistema mundial. Desde entonces, el interés económico se iría volviendo cada vez más el principio organizador de la vida social: orientaba las conductas de las personas, forjaba vínculos nuevos entre las diferentes regiones del planeta y definía qué lugar le tocaba a cada quien. América, territorio de saqueo y ocupación, fuente de oro y plata, de materias primas y de trabajo humano, daría al capitalismo su primer espaldarazo decisivo.

La ocupación se hizo en nombre de la monarquía hispánica con el auspicio de la Iglesia. Pero en los hechos fue una empresa en manos privadas. En general, los expedicionarios que se adentraron en el continente no eran funcionarios enviados por la Corona, sino aventureros asociados a empresarios, que eran quienes proveían el costoso financiamiento para las incursiones, apostando a ganancias futuras. Sobre el entendimiento de que todo territorio conquistado les pertenecía, los reyes autorizaban

las incursiones mediante «capitulaciones», contratos por los que se reservaban una tajada de los beneficios y otorgaban a los conquistadores derechos a tierras y, a veces, a cargos o títulos nobiliarios. Estos reunían unos pocos cientos (a veces solo decenas) de soldados con la promesa de botín, los armaban y se lanzaban sobre alguna porción del nuevo suelo. Desde el líder hasta el último recluta, todos llegaban animados por el deseo de llevarse algún premio. En sus primeras etapas, la actuación de los españoles se pareció bastante a la rapiña simple.

En América del Sur hicieron pie desde el océano Pacífico, primero en el Perú. Es que, paradójicamente, las civilizaciones más ricas y centralizadas resultaron ser las más sencillas de dominar. Como antes había ocurrido en México con Hernán Cortés, a Francisco Pizarro le bastó en 1532 con descabezar el imperio inca para acceder a la extensa sociedad que había organizado y que, de cierto modo, estaba ya habituada al tributo y a la obediencia. Ocuparon rápidamente las tierras más promisorias y en 1545 descubrieron el cerro de Potosí, en la actual Bolivia, que se transformaría en la mina de plata más importante del mundo y una fabulosa fuente de riqueza para los monarcas hispánicos. El metal potosino fue un verdadero motor del capitalismo: por su poder de compra dio un vigoroso estímulo a las redes del comercio internacional.

Después de 1545, la expansión española en América se volvería más lenta, porque debía hacerse en áreas pobladas por sociedades más fragmentadas, menos jerarquizadas y con menor capacidad para producir excedentes. Así eran las que habitaban el territorio que hoy ocupa la Argentina, que además estaba relativamente poco poblado y desprovisto de riquezas mineras. Más que al atractivo económico, aquí el avance obedeció a impulsos políticos.

Entre los conquistadores del Perú pronto surgieron rivalidades e intrigas. Los que habían quedado en un lugar subalterno o los que iban llegando más tarde pujaban por conseguir su tajada. Todos conspiraban para ganarse el favor de la Corona y obtener tierras o derechos especiales. Pero los recursos se iban volviendo escasos y los enfrentamientos violentos no tardaron en llegar. Para no perder el control, las autoridades buscaron «descargar la tierra», como se decía entonces: impulsaron a los intrigantes y descontentos a probar suerte hacia el sur, en territorios todavía desconocidos.

Por otra parte, ya desde antes le interesaba a la Corona buscar una entrada más conveniente por el Atlántico y resguardar sus dominios de

la competencia portuguesa. Fue así que también trataron de hacer pie ingresando por el Río de la Plata.

De esas dos procedencias, del norte llegó el impulso más decidido. Los primeros ingresos en el futuro territorio argentino se produjeron luego de 1543. Por tierra, desde el Alto Perú, y por mar, desde Chile. Y fueron algunos de esos militares y aventureros resentidos por no haber tenido suerte en Perú quienes los protagonizaron. Con financiamiento propio o asociados a empresarios, reunieron pequeñas huestes de soldados y se lanzaron a la conquista. Funcionarios y jefes incas que conocían la zona los ayudaron a ubicarse y a saber quién era quién entre los caciques del Noroeste. Aprovechando las rivalidades cacicales para hacerse de aliados de ocasión, avanzaron lentamente y con dificultad hacia el sur, buscando riquezas y masas indígenas para someter. Los frecuentes amotinamientos entre las huestes, irritadas por tanto esfuerzo y tan poco beneficio, hicieron que los avances fuesen bastante caóticos e improvisados. Los brutales enfrentamientos con los nativos fueron la norma.

Así y todo, durante la segunda mitad del siglo XVI se las arreglaron para establecer treinta poblados, aunque por problemas de abastecimiento y ataques indígenas solo sobrevivieron doce. De ellos, el primero fue Santiago del Estero en 1553, seguido de Tucumán (1565), Córdoba (1573), Salta (1582), La Rioja (1591) y Jujuy (1593). Entrando desde Chile fundaron los de Cuyo: Mendoza (1561), San Juan (1562) y San Luis (1594).

La lista se completa con las tres ciudades del Litoral que establecieron ingresando desde el Atlántico. La primera navegación por el Río de la Plata —denominado así por la leyenda de que conducía a fabulosas riquezas que, sin embargo, nunca se materializaron— había sido en 1516. De 1527 fue el primer intento de asentamiento, un fuerte en la actual provincia de Santa Fe que apenas sobrevivió tres años. Pedro de Mendoza desembarcó con una expedición más grande en 1536 y consiguió fundar Nuestra Señora del Buen Ayre, pero los colonos debieron abandonarla cinco años más tarde por hambre y ataques indígenas. De esos intentos iniciales, los españoles solo consiguieron permanecer en el fuerte de Asunción (1537), actual capital de Paraguay, que durante años quedó aislado. Desde allí descendieron expedicionarios por los ríos bajo el mando de Juan de Garay, los que fundaron Santa Fe en 1573 y otra vez Buenos Aires en 1580. A ellas, en 1588, se sumaría Corrientes.

Aunque se las llamó «ciudades», en sus inicios fueron caseríos de barro muy precarios, a veces de apenas dos o tres decenas de habitantes. La comunicación entre ellas era dificultosa y la vida, durísima. La posibilidad de ataques letales de los nativos fue una realidad durante mucho tiempo. Durante todo el siglo XVI la presencia de españoles fue ínfima: hacia 1570 en todo el territorio de la actual Argentina había apenas unos 350. A fin de ese siglo había tan solo 250 europeos en toda la región del Noroeste; de ellos, unos 150 habían recibido del rey el derecho a cobrar tributo sobre un número de nativos que pudo haber llegado a los 270.000.

Con el tiempo, las ciudades se irían consolidando como asiento de las autoridades civiles, militares y religiosas y de comerciantes que articulaban el flujo económico. Fueron sede de la cultura letrada y mucho después, de la letra impresa (no hubo imprentas hasta entrado el siglo XVIII): islas en un océano rural habitado por grupos humanos que hablaban lenguas sin tradición escrita y tenían costumbres muy diferentes. El espacio urbano surgió así en el actual territorio argentino con un perfil bien diferente al que tuvo en Europa y en otros sitios. Las ciudades no fueron emergentes del desarrollo cultural, político o económico de un pueblo, sino destacamentos coloniales, puntas de lanza del dominio extranjero, baluartes desde donde afirmar y gestionar la superioridad de clase, étnica y cultural que los españoles reclamaban para sí.

El vínculo colonial y el sistema de encomiendas

El dominio colonial fue ante todo un formidable dispositivo para extraer tributo de los nativos y recursos de la tierra. En suelo americano se construyó un nuevo tipo de sociedad que organizó el trabajo y las diferencias sociales según una partición fundamental: vencedores y vencidos. El hecho de fuerza de la Conquista fue base de una desigualdad jurídica que se justificó con argumentos étnicos. Las diferencias entre las personas se simplificaron clasificándolas en dos grandes conjuntos. Desde ese momento todos los nativos, sin importar que fueran querandíes, lules o guaraníes, sin que interesara si habían resistido la colonización o no, se transformaban simplemente en «indios» (según el equívoco nombre que les había dado Colón cuando creyó haber llegado a la India).

Considerados inferiores y equiparados a niños, ellos y su descendencia fueron convertidos en vasallos del rey, quien los «encomendaba» a algún conquistador. Monarca y encomendero, por supuesto, se hacían acreedores al derecho a percibir de ellos un tributo.

El vínculo supuso también una igualación entre todos los españoles, más allá de sus diferencias de nacimiento. En la península ibérica, los *vasallos*, a los que se llamaba «pecheros», estaban obligados a pagar tributo. En cambio los *hidalgos* («hijos-de-algo», es decir, nobles) estaban exentos del pago. Por allí pasaba la diferencia de clase fundamental: los de arriba no pagaban, los de abajo sí. Pero en América, por el solo hecho de no ser indios, los españoles, aunque no hubieran tenido la suerte de nacer nobles, dejaban de tributar. Los que llegaban al nuevo continente, incluso si eran pobres soldados, marineros o artesanos, se sentían con derecho a un trato diferencial. Se negaban a realizar algunas labores manuales —que ahora parecían «cosa de indios»— y aspiraban a ser servidos por estos. La escasez de españoles en el terreno hacía recomendable que no existieran entre ellos odiosas diferencias jurídicas. Por esta misma debilidad demográfica debieron buscar la colaboración de los caciques, a quienes se exceptuó del pago de tributo, se concedió el trato honorífico de «don» y, si todavía no gozaban de esa prerrogativa, se los convirtió en jefes hereditarios.

Pocos conquistadores pudieron enriquecerse en el relativamente pobre territorio argentino. Tampoco consiguieron ennoblecerse: en todo el espacio que ocupa la Argentina, la Corona concedió un único fundo nobiliario, el Marquesado de Tojo (abarcaba parte de Jujuy y de Salta y tierras que hoy pertenecen a Chile y Bolivia).

Recibir del rey indios en encomienda era lo que ansiaba todo conquistador, junto con la propiedad de terrenos urbanos o rurales. La encomienda suponía el derecho de cobrar a los indios un tributo, que inicialmente fue sobre todo en trabajo (servicio personal). A cambio, el encomendero asumía la obligación de proteger militarmente los dominios del rey si así se le requería y de instruir a los indios en la fe católica. Las encomiendas no se otorgaban en propiedad: eran concesiones, aunque en algunas zonas tendieron a prolongarse para beneficiar a los herederos. Podían ser revocadas y readjudicadas a otras personas.

El régimen de encomienda fue brutal, especialmente en los primeros años. En su paso por Tucumán y Cuyo rumbo a Chile, por caso,

Francisco de Villagra capturó cerca de seiscientos indígenas y los llevó encadenados para utilizarlos como cargadores y sirvientes. Buena parte murió en el camino. En ocasiones se repartían los indios en abstracto antes de las expediciones, sin saber bien qué encontrarían al llegar. En Paraguay, Córdoba o Santiago del Estero, una encomienda significaba acceder de inmediato al trabajo de cientos o aun miles de indios. Pero en otras regiones, como Santa Fe, no se materializaba en un control inmediato y el encomendero debía salir a someter una población dispersa y renuente.

Especialmente en los primeros tiempos, en la práctica la encomienda se acercaba a la franca esclavitud. El encomendero ponía a trabajar a los indios en sus tierras o propiedades, en el servicio doméstico o en obrajes textiles. También podía alquilarlos a otros o enviarlos a las minas de Potosí o a otros emprendimientos de españoles en Chile u otros sitios.

Había dos tipos de encomiendas. Las *mitayas* retomaban la costumbre inca de imponer turnos de trabajo a las comunidades. Las de *yanaconas* eran de individuos o familias desarraigadas, sin comunidad, que vivían y trabajaban permanentemente en las propiedades de los encomenderos.

Al comienzo no hubo ninguna normativa acerca de cuánto era el tributo que se debía percibir, ni bajo qué forma, ni estaba claro si mujeres y niños debían participar. La cantidad de mitayos que una comunidad aportaba y la duración del servicio eran objeto de negociaciones que dependían del poder relativo o la capacidad de los caciques y de los encomenderos o sus mayordomos. La sobreexplotación fue la norma. En territorio argentino predominó el servicio personal, incluso luego de que la Corona indicara que debía cobrarse solo en dinero.

Los españoles que no habían sido beneficiados con encomiendas también se las arreglaron para someter a los indios al trabajo servil y no solo alquilándolos a los encomenderos. Durante bastante tiempo se organizó lo que se llamaba «correrías» o «malocas», incursiones veloces en territorio indígena para capturar indios a los que convertían en yanaconas —al principio, directamente en esclavos— o los incluían en encomiendas. Todavía a mediados del siglo XVIII los colonos tucumanos realizaban cacerías humanas de este tipo para reducir a servidumbre indígenas del Chaco. Las autoridades también solían facilitarlos «en mandamiento» a empresarios no encomenderos para que desempeñaran

diversas tareas, particularmente para el transporte. También los emplearon para realizar obras públicas.

Además de las minas metalíferas, la tierra fue un valioso recurso. Como desde el punto de vista legal la Corona consideró propias todas las tierras conquistadas, el acceso a la propiedad solo venía de una «gracia» o «merced» concedida por el rey. Al comienzo, las cesiones fueron gratuitas (mejor dicho, se hacían a cambio de servicios), pero pronto comenzaron a ser subastadas. Se suponía que las tierras en posesión de las comunidades indígenas debían ser respetadas para que pudieran autosustentarse y pagar el tributo, pero con frecuencia les fueron usurpadas.

Conquista y género

La Conquista también dejó instalado para los varones un sistema de privilegios que sobrepasaba el que conocían en Europa. Las sociedades de los pueblos originarios eran patriarcales ya antes de la llegada de los españoles. Pero el significado y organización del patriarcado podían ser muy diferentes. Los varones estaban al mando, pero en ocasiones las mujeres ocupaban lugares de influencia, especialmente en funciones rituales. Se han documentado casos excepcionales en los que ocupaban el cacicazgo o tenían varones a su mando en alguna guerra.

Empresa abrumadoramente masculina, la colonización no se apoyó solamente en las diferencias étnicas y de clase, sino también en las de género. El privilegio se materializó en el control sexual, reproductivo y laboral sobre las mujeres indígenas. Aunque en la memoria colectiva solo haya permanecido el drama de las cautivas blancas, con frecuencia las malocas de los españoles se orientaban al rapto de mujeres nativas. La casi total ausencia de europeas en las primeras décadas implicó que las indígenas fueran utilizadas para satisfacer a los conquistadores. Su apropiación y posesión sexual se dio en un amplio arco de formas: desde el secuestro y la violación, hasta el sexo ocasional más o menos forzado, el extendido concubinato y, en algunos casos, el matrimonio legal. Formaron parte del botín colonial.

El intercambio y control de las mujeres también resultó decisivo en las relaciones entre conquistadores y pueblos originarios. La alianza con los varones guaraníes que les permitió a los españoles subsistir en

Asunción se selló con un intercambio de regalos; un trueque de adornos y herramientas europeos por muchachas locales. Algunos llegaron a acumular hasta sesenta mujeres y no era raro que un español tuviera diez (algo impensable en Europa). Útiles para el placer sexual, eran también fuente de riqueza —por el trabajo agrícola o textil que aportaban— y de poder, porque a través de ellas se forjaban alianzas con sus parentelas.

El control reproductivo fue crucial: los numerosos mestizos que dieron a luz proveyeron a la Conquista de una hueste fundamental. Tales «mancebos de la tierra», como se los llamó, resultaron indispensables para la fundación de las primeras ciudades. En las del Litoral casi no hubo otra cosa. De los setenta y seis pobladores iniciales de Santa Fe solo siete eran españoles, y de los setenta que refundaron Buenos Aires, al menos cincuenta eran mestizos del Paraguay.

El control de las mujeres fue también central para el régimen de encomienda. Con frecuencia las indias suplantaban en las comunidades el trabajo que los mitayos dejaban de aportar. Cuando se los trasladaba a las minas o a servicios lejanos, los varones con poder local —encomenderos, caciques, mestizos, funcionarios— aprovechaban el «excedente» de mujeres de diversos modos, incluyendo el sexual: eso reforzaba el poder de cada uno y la alianza entre ellos. Por contraste, la accesibilidad de las mujeres blancas fue objeto de cuidados muy estrictos. Entre los varones de cierta condición social, la virginidad de las muchachas casaderas fue condición rigurosa; el matrimonio era indisoluble y el marido tenía potestad completa sobre los bienes comunes y sobre los hijos. El adulterio femenino fue severamente castigado por la ley (el masculino, habitualmente no).

La Colonia trajo así un reordenamiento de las relaciones entre las personas en diversos ámbitos. La desigualdad de clase montada sobre bases étnicas se combinó con la desigualdad de género de un modo que hundió a la mujer nativa en un lugar de opresión particularmente marcado. En adelante, el mestizaje se transformó en evidencia de la victoria de los españoles. Y no solo porque contribuyera a disolver la cohesión de las comunidades indígenas: los mestizos reproducían en sus propios cuerpos la marca visual de la Conquista, la prueba de la posesión originaria de las mujeres por los conquistadores.

La resistencia inicial y la catástrofe demográfica

Pocos como eran, los españoles consiguieron dominar a la población local por su habilidad para tejer alianzas con algunos pueblos, que los secundaron en sus empresas militares. Lo mismo fue también crucial para la supervivencia de las primeras ciudades: en Asunción lograron permanecer porque su presencia les venía bien a los guaraníes carios que allí vivían, para que los ayudaran en su lucha contra sus enemigos tradicionales, los guaycurúes chaqueños. En Santiago del Estero los juríes también fueron aliados.

La diferencia en el armamento fue decisiva: los españoles contaban con ballestas, armas de fuego y buenas espadas, escudos, armaduras, mastines feroces y caballos. Los nativos, apenas con lanzas, boleadoras, arcos, flechas, hondas y piedras. Así y todo, la resistencia fue encarnizada. Algunos de los primeros expedicionarios en suelo argentino murieron a manos de indígenas: Diego de Rojas, Juan Díaz de Solís o Juan de Garay, entre otros. En algunos casos, la alianza con los españoles solo se trabó tras el fracaso de la resistencia inicial. Así sucedió con los carios de Asunción, quienes de todos modos retomaron la lucha no bien estuvo claro, luego de 1555, que sus «aliados» se los repartían entre ellos en encomienda. Hubo desde entonces alzamientos y rebeliones, como la de 1575-1579, de gran escala, que terminó en una brutal represión.

En otros sitios la resistencia local fue cerrada, como en los valles Calchaquíes, escenario de levantamientos de gran escala. Allí también comenzó a notarse la capacidad de los pueblos para construir coaliciones militares contra el invasor. El cacique Juan Calchaquí estuvo al frente de la primera coalición luego de 1560: las fuerzas aliadas de omaguacas, lules, ocloyas y chichas arrasaron Cañete, Córdoba del Calchaquí y Londres (otras ciudades corrieron igual suerte tiempo después).

Una coalición aún más amplia se organizó en 1578 alrededor de Viltipoco, un cacique omaguaca que consiguió unificar a casi todos los pueblos cordilleranos del Noroeste e incluso a los aguerridos avá chaqueños. Entre todos habían reunido cerca de diez mil guerreros prestos a atacar y destruir por sorpresa las ciudades principales, algo que seguramente habrían logrado de no haber sido delatados por indios amigos del conquistador. Los españoles atraparon a Viltipoco y abortaron la rebelión.

Otros pueblos en otros sitios también ofrecieron resistencia. Contra sus posibilidades conspiraban la fragmentación y las rivalidades entre caciques, pero también la reducida capacidad de generar excedente económico suficiente como para sostener esfuerzos militares prolongados. Los españoles explotaron esa debilidad con ataques relámpago a caballo que destruían sembradíos y dejaban a las poblaciones insumisas al borde de la inanición.

La resistencia hizo que el avance español sobre el territorio fuera dispar. Los valles Calchaquíes permanecieron indómitos durante el siglo XVI. Algunos grupos a la vera del río Uruguay conservaron su independencia hasta mediados del siglo XVIII. La Patagonia, las pampas y el Chaco seguirían autónomos durante todo el período colonial.

La Conquista desencadenó en toda América una de las mayores catástrofes demográficas de la historia: nada preservó de sus peores efectos a las poblaciones del territorio de la actual Argentina. Una combinatoria de factores produjo la caída dramática en la cantidad de habitantes. Para empezar, estuvo el exterminio a punta de espada de quienes se resistieron a los conquistadores en el momento de su llegada. También fueron pasados por las armas quienes en años posteriores intentaron evadirse de su dominio. A eso hay que sumar la introducción de enfermedades desconocidas en el Nuevo Mundo, como la viruela o el sarampión, que diezmaron comunidades enteras.

La sobreexplotación produjo un incremento general de la mortalidad y seguramente también una menor natalidad. En el mismo sentido contribuyó la desestructuración de la producción comunal por el despojo de tierras o por el desvío de la fuerza de trabajo hacia otros fines. Algunos huían para evitar esa suerte. La apropiación de las mujeres por parte de los españoles y el fenómeno del mestizaje operaron con el mismo resultado.

No es posible cuantificar la catástrofe con cifras categóricas, pero las estimaciones disponibles hablan de una caída poblacional abrupta. Se ha calculado que había cerca de medio millón de guaraníes en la época de la invasión. Tras cincuenta años de contacto con los europeos, solo quedaba un tercio o acaso un cuarto de ese número. En la región del Tucumán, la caída parece haber sido peor. De medio millón que había al arribar los españoles, un siglo más tarde apenas quedaba un 15%.

Los datos de indios bajo encomienda son igualmente elocuentes. En Santiago del Estero se encomendó a más de 80.000 en 1553; treinta

años más tarde solo quedaban 18.000. El descenso continuó durante el siglo XVII. En 1596 había en la región del Tucumán 56.500 tributarios; en 1607 se redujeron a 16.200 y a comienzos del siglo siguiente eran apenas 2.000.